

HOMILÍA FUNERAL HERMANO RAMÓN LAZPIUR

Irun, 12.03.2018

H. Juan Carlos Orus, Visitador Auxiliar

Textos de la liturgia de la Palabra: Rom 6, 3-9 / Jn 12, 23-28

Bienvenidos Hermanos, familiares y amigos del Hermano Ramón.

Nos ha reunido en Salle enea, esta tarde, la muerte de nuestro querido hermano Ramón Lazpiur. El Señor, a través de él, nos habla a todos los que estamos aquí. De hecho Dios se vale de los acontecimientos de nuestra historia para ofrecernos su mensaje de salvación y alumbrar un rayo de luz en nuestra vida.

Estamos en Cuaresma, tiempo de gracia y de misericordia; llamada de Dios al cambio hacia una vida nueva; encuentro con el amor de Dios que se hace perdón; camino que pasa por la cruz, pero que no se detiene en ella, culmina en resurrección. El Señor nos invita hoy de un modo especial a entrar en ese camino hacia la pascua. Con nuestra pena y nuestro dolor. Con nuestro viacrucis particular: la muerte de nuestro Hermano Ramón. Pero también con la certeza de que Cristo va junto a nosotros y de que ha acompañado a Ramón en su camino hasta la vida sin fin.

Cada uno de los presentes tenemos recuerdos y vivencias de agradecimiento sincero hacia nuestro Hermano Ramón por los momentos vividos junto a él. La Eucaristía que estamos celebrando es un lugar privilegiado para celebrar este agradecimiento unido a la salvación que se nos ofrece en el Crucificado devuelto a la Vida. Celebrar la Pascua de Ramón significa creer que Dios está haciendo algo nuevo con nuestra finitud y con nuestra debilidad y significa vivir con la esperanza de quien está salvado, aunque ello conlleve el dolor y la muerte.

A pesar de que su ausencia subraya nuestras preguntas sobre la muerte, queremos agradecer a Dios el regalo de la vida de nuestro Hermano, de los valores que nos ha transmitido con el ejemplo y por su fe inquebrantable que nos alienta y nos da fuerzas para seguir creciendo como personas y creyentes en Jesús resucitado. Nos brota del corazón la acción de gracias al Señor por su vida llena de generosidad, testimonio de entrega, y por sus casi 87 años de vida consagrada al servicio de Dios, de la Iglesia y del Instituto.

Nació en Bergara en 1931. Ramón agradecía a Dios el haber nacido en una familia en la que reinaban la fe, la cercanía y el respeto. Quizás eso, y el ejemplo del Hermano Segundo Urkizu, fue lo que contribuyó a que, todavía joven, tomase el camino de Irún, para decir sí a la llamada de Dios, como hicieron otros muchos de su tiempo, entre ellos su mismo hermano Benito años antes.

Desde los 12 a los 20 años transcurre su etapa de formación inicial, tras la cual intentó con todas sus fuerzas encarnar en su vida los valores recibidos. Su identidad se fue gestando en los compromisos y relaciones que a lo largo de esta etapa fue adquiriendo. Terminada su formación, con 28 años es enviado a Iturribide, en Bilbao, donde ofreció su servicio durante 6

cursos, y posteriormente a Zaragoza durante 5 cursos, entre el Colegio Mayor B y Torrero, como estudiante (Licenciatura en Letras), pero también dedicado a los alumnos de Torrero.

Tras dejar Zaragoza, se encaminó a Zarautz (sólo para un curso), pasando de ahí al Colegio La Salle Igeltegi de Donosti; sin duda un cambio significativo, no sólo por el nuevo ambiente sino también por su duración, ya que allí pasó 34 años. Durante 8 años sirvió como Director de la Comunidad Igeltegi.

Ramón durante todos estos años gozó e hizo gozar de un temperamento excelente, propenso a la convivencia, al ejercicio de la simpatía y a la armonía en la vida comunitaria. Un Hermano alegre y fiel a su vocación religiosa.

Llegó a La Salle enea en 2009, con 78 años de edad. A partir de entonces, Ramón ha vivido en sus últimos años un largo y progresivo deterioro físico. La silla de ruedas fue su compañera durante años, con la posibilidad de hablar muy limitada. Pero él llevó con una gran dignidad el proceso de su enfermedad. Lo hizo con una presencia importante en la comunidad. Siempre quiso estar presente por las mañanas en la capilla y en las comidas en el comedor. No hablaba pero tenía su lugar en la comunidad. Sabía que cuando alzaba la voz los ojos de los Hermanos se volvían hacia él. Y sabía que alzando la voz en los tiempos de aseo, recibía la respuesta afectuosa de sus cuidadoras. Era su lenguaje y su modo de hacernos ver que existía entre nosotros.

Años sin autonomía. Años, confiado en las manos de Hermanos y cuidadoras. Nunca caras de queja. Y por parte de sus Hermanos y cuidadoras, un respeto profundo hacia su silencio, hacia el misterio de lo que vivía en el secreto profundo de su interior.

Creía firmemente, tal como hemos oído del apóstol san Pablo a los Romanos, que la verdad de nuestra fe está basada en la esperanza de la vida eterna. Para ello es importante inclinar nuestro oído y escuchar la palabra de Dios, fuente de vida. La Palabra que se nos da gratis y es fecunda. Ramón a lo largo de su vida se alimentó de ella e intentó con su vida cumplir y transmitir con generosidad la frescura que ese manantial le aportaba.

El Evangelio Juan nos recordaba que toda vida enterrada en el desprendimiento, dedicada al seguimiento de Jesús y entregada en el servicio a los hermanos es preciosa a los ojos del Padre, porque su amor está por encima de todos los avatares y circunstancias humanas. Por eso creemos que Ramón, que no vivió desde el egoísmo y la ambición, sino desde el amor y la generosidad, disfruta ya de la gloria de Dios, que es capaz de recoger una gran cosecha de una diminuta semilla.

Dios nos quiere en plenitud porque, como hemos proclamado en el salmo 102, «es compasivo y misericordioso, siente ternura por sus fieles y se acuerda de que somos barro». Los seguidores de Jesús creemos que la experiencia de este amor nos confirma en la esperanza y nos da fuerza para emprender empresas no imaginadas. Por ello podemos leer con sentido toda circunstancia, a pesar del aparente absurdo, la obstinación de los límites, el fracaso, la enfermedad y hasta la muerte.

Ante la muerte no es fácil ver las cosas con esperanza, pero creemos que la vida de Ramón ha sido un hermoso regalo de Dios, para que podamos seguir avanzando por caminos de esperanza.

Como la naturaleza nos muestra estos días:

“... después del invierno llegará la primavera,

Y con ella las flores;

Una nueva vida vendrá, se secarán las lágrimas.

El viento suave acariciará nuestros rostros entristecidos”.

Que así sea, H. Ramón. ¡Hasta el Gran Día!